

Breves acotaciones sobre Angel González



ANGEL GONZÁLEZ EN BUENOS AIRES

Cantar, palabra sobre palabra, sin esperanza, con convencimiento

Como convocados por el azar, llegaron casi al mismo tiempo a Buenos Aires: el libro desde Barcelona; el poeta, desde Santiago de Chile. *Palabra sobre palabra* (Barral, 1972, 284 páginas) reúne toda la producción del español Angel González hasta la fecha, y permite al lector argentino conocer por primera vez una obra poética extraordinaria, que debe ubicarse entre lo mayor de la poesía hispana del siglo. Sus libros anteriores, de tirada limitada, apenas trascendieron las fronteras de su país. Sólo algunos elegidos habían tenido acceso a ese discurso desgarrador donde la claridad conceptual marcha a la par de una riqueza verbal sutil pero avasalladora. Con este volumen de poemas, la editorial Barral inicia una colección —*Insolae Poetarum*— de un tiraje alto, con distribución en toda Hispanoamérica, que divulgará a poetas precariamente conocidos pero que ya han alcanzado una madurez expresiva. Probablemente, esta colección logre romper la incomunicación que existe entre España y América latina, y también la existente en un continente unido por un idioma común pero separado por la frecuente política editorial que relega a los poetas a ediciones casi inhallables.

"En España, la poesía sigue siendo minoritaria. Pero ahora hay más interés: antes era inconcebible que se hiciera una edición comercial como la mía, de un poeta de mi edad", señala Angel González, mientras bebe despaciosamente un vasito de grapa, símil de un aguardiente que sólo se encuentra en un pueblo español. El nació en

Oviedo, en 1925, y allí trascurrió su infancia y gran parte de su juventud: allí finalizó sus estudios de Derecho y comenzó a escribir en un periódico local, y en 1950 se trasladó a Madrid. Pero antes comienza su curiosa historia de poeta.

"A los 18 me enfermé y tuve que estar tres años en cama. En esa época no era fácil curar la tuberculosis. Yo leía fundamentalmente novelas, pero como vivía en un pueblo, llegó un momento en que había leído todas las que tenía. Entonces comencé a leer poesía y descubrí que se podía leer muchas veces un poema. Y comencé a escribir versos, los típicos de un adolescente", relata González. Luego, mientras cursaba su carrera, siguió escribiendo, pero nunca pensando en publicar. "No sé, estaba confuso, no sabía si era un hobby o algo más en serio", señala, y lo dice ahora con un resto de perplejidad; como si todavía no tuviera plena conciencia de la importancia de su obra. Sin duda, se trata de una humildad ejemplar, que puede rastrearse en sus versos; nunca el tono es enfático, en ninguna línea de sus poemas se percibe la voz de alguien que se siente tocado por la gracia de los elegidos. Se siente humano, extremadamente humano.

Su desprecio por el arte concebido como una forma de trascender lo humano, es decir, lo perecedero, está espléndidamente expresado en "Mensaje a las estatuas", incluido en *Sin esperanza, con convencimiento* (1961): *Vosotras, piedras / violentamente deformadas, / rotas / por el golpe preci-*

so del cincel, / exhibiréis aún durante siglos / el último perfil que os dejaron: / senos inmovibles a un suspiro, / firmes / piernas que desconocen la fatiga, / músculos / tensos / en su esfuerzo inútil, / cabelleras que el viento / no despeina, ojos abiertos que la luz rechazan. / Pero / vuestra arrogancia / inmóvil, vuestra fría / belleza, / la desdenosa fe del inmutable / gesto, acabarán / un día. / El tiempo es más tenaz. / La tierra espera / por vosotras también. / En ella caeréis por vuestro peso, / seréis, / si no ceniza, / ruinas, / polvo, y vuestra / soñada eternidad será la nada. / Hacia la piedra regresaréis piedra, / indiferente mineral, hundido / escombros, / después de haber vivido el duro, ilustre, solemne, victorioso, ecuestre sueño / de una gloria erigida a la memoria / de algo también disperso en el olvido.

EL COMIENZO. Antes de escribir *Sin esperanza, con convencimiento*, que lo consagró en su país, González publicó *Aspero mundo* (1956). "Yo estaba todavía con muchas dudas acerca del valor de mi poesía —relata ahora—. Y fue el poeta Carlos Bousoffo quien me aconsejó que publicara ese primer libro, donde están mis versos más formalistas, que los escribía más bien como un juego. Pero también en ese libro se encuentran mis primeros intentos de hacer una poesía testimonial, pesimista. Yo pienso que mi pesimismo proviene de mi infancia. Nuestra generación es la llamada de los niños de la Guerra Civil. Mi situación, además, fue especialmente tremenda. Yo viví en la zona franquista durante la guerra, y mis padres eran de una conocida tradición republicana. Fueron años peligrosos y humillantes".

En uno de los poemas de *Tratado de urbanismo* (1967) recuerda, como ahora, que también había lugar para la inconsciencia en esa época, ante el *casti incomprendible / dolor de los adultos*; pero él culmina: *Todo pasó, / todo es borroso ahora, todo / menos eso que apenas percibía / en aquel tiempo / y que, años más tarde, / resurgió en mi interior, ya para siempre: este miedo difuso, / esta ira repentina.* Es decir, el niño ha crecido y ya no olvidará lo que vivió entonces, y ese horror extraño de aquellos adultos, es el de él, ahora.

"Más o menos en los comienzos de los años '60, cuando comenzaron las primeras huelgas importantes, todos pensábamos que un cambio era inminente, y creíamos, también, lo que decía Gabriel Celaya: que la poesía era una herramienta, que podía influir en forma inmediata en el proceso. En forma casual, por amistad simplemente, a mediados de la década del 50, un grupo formamos, sin saberlo, un taller literario. Siempre, una vez a la semana, nos reuníamos Carlos Barral, Jaime Gil

de Viedma, José María Castellet y yo. Nunca publicábamos nada sin que antes lo leyeran los otros. Había una verdadera correspondencia, y seguíamos de cerca a la generación anterior: Celaya, Blas de Otero, que hacían la llamada poesía social. Esta última palabra es, en realidad, un eufemismo para no decir: política. Después, el grupo, aunque seguimos siendo todos muy amigos, se disolvió. Y yo, personalmente, seguí escribiendo una poesía crítica, o social, pero ya no tenía esa confianza, esa fe, de que la poesía era una herramienta para transformar algo."

ARTE POETICA. La obra de Angel González, además de *Aspero mundo*, *Sin esperanza*, *con convencimiento* y *Tratado de urbanismo*, incluye: *Con grado elemental* (1962), *Breves acotaciones para una biografía* (1969) y *Procedimientos narrativos* (1972). En 1968 ya había aparecido un volumen antológico de su poesía con el mismo nombre del actual: *Palabra sobre palabra*. "En ellos yo veo una evolución, pero no una ruptura; quizás haya una mayor libertad expresiva", señala el poeta. Y es así, en efecto: su poesía parte de una forma extremadamente delicada pero también incisiva, hasta arribar a una expresión más directa, más deliberadamente cáustica. Y en todos se encuentra un afán —logrado— de claridad, de precisión. Su lenguaje, límpido, escapa a los manierismos típicamente españoles, y alcanza una tersura inusual en la tradición de su país. "Mi intención es verbalizar, aclarar mis expresiones. Tengo una tendencia a la claridad y una manía —y ya es una manía— de encontrar la palabra precisa. No para que me entiendan mejor, sino por una búsqueda de eficacia poética". Primero en forma espontánea, y luego reflexivamente, González buscó la precisión, y una distancia con respecto a lo que dice. "Creo que heredé de Cernada el gusto por una poesía reticente, por aquella poesía que no dice todo."

González, de paso ahora por Buenos Aires, luego de haber estado seis meses en Estados Unidos dando un curso para graduados sobre poesía española, en la Universidad de Albuquerque, vuelve a España, aunque sólo temporalmente, ya que otra universidad norteamericana lo ha invitado para dar otros dos seminarios. Aliviado, comenta que podrá abandonar un puesto muy cómodo, pero aburrido: funcionario de obras públicas. *Para que yo me llame Angel González —escribió—, / para que mi ser pese sobre el suelo, / fue necesario un ancho espacio / y un largo tiempo: / hombres de todo mar y toda tierra, / fértiles vientres de mujer, y cuerpos / y más cuerpos, / fundiéndose incesantes en otro cuerpo nuevo.*

Incesante, en el largo tiempo, González encarna la aventura poética, allí donde ella ofrece sus mayores riesgos y también sus mayores conquistas; porque él no desdeña cantar a una mujer ni olvida testimoniar la desesperación del poeta que conoce la inutilidad de las palabras, y sin embargo ama, y a